

Fray Justo Perez de Urbel OSB

Exasperación de los sanedritas

Jesús cerró su relato con esta pregunta: '¿Qué hará el dueño de la viña?' Y sucedió lo que siempre: todos habían comprendido aquella narración sencilla y transparente; pero no querían sacar la consecuencia de ella; no querían dictar su propia condenación. Fue el mismo narrador quien dio la respuesta: 'Vendrá y acabará con los viñadores, y dará a otros su viña.' Los fariseos protestaron. 'Habiendo oído los sumos sacerdotes y los fariseos la parábola, conocieron que hablaba de ellos, y queriendo apoderarse de El, tuvieron miedo a las turbas, porque le miraban como profeta.' Protestaron porque hablaba de ellos y también porque habían lanzado una proposición que les parecía una blasfemia. Una vez más, Jesús se llamaba Hijo de Dios, mayor que Moisés, que David, que Isaías, que todos los mensajeros enviados antes de El. Esto les irritaba, y no era menos punzador para ellos oír que habían de ser castigados duramente. 'Nunca tal suceda', exclaman, sin atreverse a negar, como unos meses antes, que hubieran formado el proyecto de asesinar a Jesús. Pero Jesús, 'fijando en ellos sus ojos', según la expresión de San Lucas, envolviéndoles en una mirada de indignación, insistió, con unas palabras del salmista: '¿Qué significa entonces lo que está escrito: La piedra que rechazaron los que construían vino a ser piedra angular?' Y añadió, dando a sus palabras un acento terrible: 'El que cayese sobre esta piedra se estrellará y hará pedazos a aquel sobre quien ella caiga.' Es la gloriosa profecía que se cumple a través de los siglos: 'La piedra era Cristo', piedra angular del edificio en que hallarán refugio todos los hombres de buena voluntad; pero piedra de tropiezo y escándalo para los rebeldes y los perversos. Es lo que había dicho Simeón: 'Ruina y resurrección de muchos.'

Los enviados del Sanedrín se retiraron llenos de ira. Hubieran querido apoderarse del Señor, pero los contuvo el temor a la turba. Esta misma exasperación aparecerá una y otra vez durante esta semana, frenada siempre por el miedo a la actitud del pueblo. Se necesitaba una emboscada, un engaño, para apoderarse de aquel hombre, y uno de los evangelistas advierte, unas líneas antes de empezar el relato de la Pasión, 'que los jefes de los sacerdotes y los escribas buscaban cómo le prenderían dolosamente para quitarle la vida'.

(Tomado de "Vida de Cristo" Ed Rialp. Madrid Pag 325 y ss)